

Domingo 27 de noviembre I de Adviento



Lectura evangélica: Mt 24, 37-44

Dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé. En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposo, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre: dos hombres estarán en el campo, a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo, a una se la llevarán y a otra la dejarán. Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría que abrieran un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

Meditación

¿Qué has sentido al leer el texto? Seguro que nada especial, pero por dentro tu inconsciente te habrá dicho: ¡Ya será menos! Ya somos mayorcitos para asustarnos con finales apocalípticos. Sin embargo son palabras de Jesús dirigidas a nosotros, también hoy. Nos invitan a creer que o bien estamos atentos para recibir al Señor en cada momento o nuestra vida no será sino una ruina que no se sostendrá cuando Cristo se manifieste definitivamente como verdad de vida del mundo.

Por eso se nos llama a estar alerta, es decir, a percibir como cada momento es un espacio para el encuentro con la vida a la que Dios nos llama en Jesús. En esta primera semana de Adviento no toca pensar en la fanfarria social de la Navidad, ni siquiera en los sentimientos de devoción por el Niño Jesús que adoraremos más adelante, sino en si de verdad lo esperamos, lo buscamos y queremos recibirlo con nuestra vida concreta.

Y María nos comenta: ¿Cómo hubiera reconocido el anuncio del Señor si no hubiera estado atenta a la misma vida que fluía de su parte por dentro y por fuera de mí?

Domingo 4 de Diciembre II de Adviento



Lectura evangélica: Mt 3, 1-12

Por aquellos días, Juan el Bautista se presenta en el desierto de Judea, predicando: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Este es el que anunció el profeta Isaías diciendo: «Voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos”». Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Dad el fruto que pide la conversión. Y no os hagáis ilusiones, pensando: “Tenemos por padre a Abrahán”, pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras. Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego. Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Él tiene el biello en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga».

Meditación

La llegada de Cristo es anunciada por Juan el Bautista como bautismo de Espíritu Santo y fuego. Nosotros ya sabemos que el Espíritu Santo, dado como aliento de Jesús mismo, es el que nos ayudará a pronunciar la palabra *Abba* (Padre), de ahí que caminemos hacia la Navidad como quien camina hacia el regazo del Padre misericordioso, que se abre en Jesús niño, como hijos pródigos.

Pero esta llegada es también terrible, trae un fuego que quema todo lo que es inútil o estorba. En el caso del evangelio de hoy son todas esas prácticas religiosas que utilizamos para sentirnos protegidos por Dios y, a la vez, no dejar que entre en nuestras vidas. ¿Quién os ha enseñado a escapar de Dios? ¡No os hagáis ilusiones! Estas palabras quedarán reafirmadas en el juicio sobre hermano mayor de la parábola, que estuvo siempre en casa del Padre sin participar de su corazón. Este no podrá disfrutar de la verdadera fiesta de la Navidad, del Dios-con-nosotros, aún con todas sus devociones y cumplimientos.

He aquí la preparación que se nos pide: bautizarnos con la alegría humilde de María, que retiró todos los estorbos para que el Señor fuera del todo en ella.

Domingo 11 de Diciembre III de Adviento



Lectura evangélica: Mt 11, 2-11

En aquel tiempo Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!».

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: «¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Mirad, los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.

Este es de quien está escrito: “Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti”. En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.

Meditación

El que tengo oídos para oír que escuche. El que tenga ojos para ver que contemple.

Lo habían oído muchas veces: Dios era aquel que oye el sufrimiento de su pueblo y envía a sus siervos a confortarlo y liberarlo. Lo habían experimentado de vez en cuando... y, sin embargo, el mismo que tiene la misión de preparar al pueblo para la llegada del Mesías no termina de estar seguro. ¿Y nosotros? ¿Es seguro que estemos convencidos de que Dios llega en el servicio a los más pobres? ¿Es seguro que al preguntar a Jesús no estemos intentando que nos dé otra respuesta?

Hoy, a pesar de todo y gracias a Dios, sobreabundando sobre el mal que se extiende como la niebla sobre el mundo, podemos ver como el manto del Mesías sigue cubriendo, a lo largo y ancho de la tierra, a los pobres. Miles de hombres y mujeres, en cientos de organizaciones, se entregan a los demás para escucharles, confortarles y liberarles, al menos un poco, y así expresan, incluso si no son conscientes de ello, que están creados *en Cristo* y que lo aceptan.

Los ojos de María estaban abiertos a esta presencia del Señor, que enalteció a los humildes y a los hambrientos los colmó de bienes y en ella se alegraba su corazón. Por eso pudo recibir al Mesías. Bienaventurados si no nos escandalizamos refugiándonos en las dudas y en los miedos.

Domingo 18 de Diciembre IV de Adviento



Lectura evangélica: Mt 1, 18-24

La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros"». Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer.

Meditación

Distancias ¡Tanto nos separa a los unos de los otros, a todos de Dios! La desconfianza, la sospecha, la acusación, el rencor... Todos llevamos a Eva y a Caín en el corazón. En ellos la humanidad vive de la distancia, en soledad. Y en medio de este abismo, sobrepasándolo, un Dios Emmanuel la vence para acompañarnos y una mujer le acoge sin reservas, y en medio un hombre ofrece, a pesar de sus dudas iniciales, un hogar para recoger esta distancia vencida.

Hemos de despertar del sueño en el que nos envolvieron los miedos y las heridas, y que solo es una pesadilla en la que los recelos aprisionan nuestro corazón. Hemos de dar espacio a ese otro sueño de gracia, que tanto nos cuesta creer, y que vive del salto hacia la fraternidad. Un salto que inicia el Hijo de Dios cuando acoge nuestra carne espinosa para hacernos sus hermanos.

Hay que despertar con José para acoger el misterio que llega en el vientre de María: Dios vence toda separación para reconciliarnos: para hacernos hermanos, hijos de su amor sin distancias.